

UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO

DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1944 a 1945

POR EL

DOCTOR DON RAFAEL DE BALBÍN LUCAS

CATEDRÁTICO DE LENGUA Y DE LA LITERATURA ESPAÑOLAS



OVIEDO

Talleres Tipográficos "La Cruz"

1944

860 Becquer, Gustavo Adolfo L. 06.

Libris 101916

Magnífico Señor Rector:

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores:

Señores:

Si mi voz, aunque modesta, ha de ser por unos momentos voz de esta Universidad, no puedo comenzar estas palabras sin rememorar el nombre y la obra de un sabio Catedrático a quien debió esta Casa, no solo la docta enseñanza, sino también el ponderado y amable gobierno, ejercido desde todos los grados de la jerarquía universitaria. Nuestro ánimo se ensombrece aun al recordar la inesperada muerte de don Enrique de Eguren y Bengoa, Vicerrector de esta Universidad y Director de su Secretariado de Publicaciones y Extensión Universitaria.

La dolorosa rapidez de su tránsito mortal no dejó tiempo para medir el alcance de nuestra pérdida: hoy pasados los días, pero no desvanecido su recuerdo, nos es más fá-

cil la visión entera de su virtud y su ciencia. En don Enrique de Eguren ambas cosas deben ser recordadas, porque ambas se funden para integrar el don armónico de la sabiduría. Había en él un hondo saber universitario, madurado en treinta años de estudiosa docencia, saber que ha dejado como testimonio de su noble empeño científico el valioso Museo de Historia Natural anejo a su cátedra, y rehecho por el Dr. Eguren con generoso tesón, después que la revolución de 1934, redujo a escombros y ceniza el insigne recinto de la Universidad ovetense. El mejor fruto de su vocación universitaria no es, sin embargo, este, sino la admirable legión de discípulos, a cuya cabeza están todos los Catedráticos y casi todos los restantes Profesores de nuestra Facultad de Ciencias; pocos títulos más altos y ningún premio más envidiable para el Catedrático, que este de la fecundidad magistral.

Pero el alma prócer de don Enrique era incapaz de encerrarse en los estrictos límites de una disciplina, y dedicó no pocas horas de su actividad intelectual al cultivo de la Antropología y de la Prehistoria. Su saber en este campo de los conocimientos estaba lleno de simpatía humana y afán de hacer asequible a todos el gusto de la verdad científica. Deben recordarse su monografía acerca de *Estudio antropológico del pueblo vasco*, declarada de mérito en 1921, por la Real Academia de la Historia, como también lo fueron sus trabajos sobre *La población pretérita y actual de Asturias y De la época eneolítica en Asturias*.

Recordemos por último, que el Dr. Eguren unía a estos dos saberes una tercera ciencia: tuvo en notable grado

un prudente saber de gobierno, que le permitió regir a los universitarios durante muchos años sin desgaste de su autoridad ni enemistad de sus gobernados; dotes que le llevaron, en servicio de España, al puesto de Vicepresidente de la Diputación de Oviedo. Este noble saber de gobierno lo usó también, consigo mismo, don Enrique de Eguren para lograr aquella su caballerosa cortesía y sobria honradez, adorno sincero y fervoroso de un corazón cristiano, que cruzó por este mundo buscando impaciente en la Naturaleza y en el hombre los rastros de la Verdad Unica, que Dios le habrá dado ya a conocer para luz de sus ojos y eterno calor de su pecho.

Dos Catedráticos han venido a esta Casa, durante el pasado curso a compartir las tareas docentes: son el Dr. don Emilio Langle Rubio, nombrado en 28 de enero de este año, para la Cátedra de Derecho Mercantil, y el Dr. don Cristino Antonio Floriano Cumbreño, designado en 18 de abril para la de Paleografía, en la Facultad de Filosofía y Letras. También se ha incorporado el Dr. don Eduardo Grossi Hevia, Profesor de Enseñanza Religiosa en nuestra Universidad, por nombramiento de 3 de marzo. Sean bienvenidos a este Claustro.

Hemos perdido, en cambio, la estimada colaboración del Dr. don Valentín Andrés Álvarez, Catedrático de Economía, que fué agregado en 4 de febrero de 1944 a la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid.

Han sido llamados al gobierno y administración de esta Casa el Dr. don Cristino Antonio Floriano Cumbreño,

en 12 de agosto último, como Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras; el Dr. don José M.^a Serrano Suárez, designado Director del Secretariado de Publicaciones y Extensión Universitaria; y don Bernardino Maside Berros, nombrado Oficial Mayor por O. M. de 10 de mayo. La Universidad se complace en estas designaciones y espera fructíferas realidades de su ilustrado esfuerzo.

Entre aquellas actividades extraordinarias que se añaden al callado y fecundo trabajo docente de cada día; hay que destacar la celebración del V Curso de Verano y III para Extranjeros, organizado por esta Universidad, con la honrosa colaboración del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En él han alternado sus doctas enseñanzas, los Catedráticos de este Claustro y una copiosa y autorizada representación del profesorado universitario de España, que nos ha dispensado su ciencia y su amistad.

El ambiente recoleto y laborioso de nuestras aulas se ha visto animado con la sugerencia de nuevas concepciones científicas y ajenas experiencias, que vienen a enriquecer el horizonte de nuestro alumnado con un estimulante y gustoso intercambio de ideas y noticias. Particular importancia reviste, dentro del temario de este V Curso, la merecida atención dedicada a la figura de Jovellanos, cuyo centenario se celebra este año. Han participado en el ciclo de conferencias dedicado al insigne gijonés: don Jesús Evaristo Casariego, que trató de «*Ortodoxia religiosa y filiación filosófica de Jovellanos*» y «*Jovellanos precursor del tradicionalismo político*»; don Joaquín Bonet, sobre «*un Diarista del Siglo XIX*»; don Ignacio Patac, disertando sobre «*Ideas econó-*

micominera de Jovellanos», don José María Palacios, que disertó acerca de «*Aspectos agrícolas de la labor de Jovellanos*», el Dr. don Joaquín de Entrambasaguas, tratando de «*Jovellanos y el teatro de su tiempo*», no pudiendo pronunciar, por causas ajenas a su voluntad, las que tenía anunciadas el Dr. don José M.^a Valiente, sobre «*Ideas jurídicas de Jovellanos*», y el Dr. don Guillermo Estrada Acebal, sobre los «*Diversos aspectos de la vida de Jovellanos*».

Pero la más alta efemérides del curso académico que estos días ha terminado, es la visita oficial que el Excmo. señor Ministro de Educación Nacional, Dr. don José Ibáñez Martín, ha hecho a esta Universidad ovetense. Largo tiempo esperada, ha colmado la cordial expectación que suscitó. Con ocasión de la solemne apertura del V Curso de Verano, el Sr. Ministro presidió la Misa del Espíritu Santo, celebrada en la Capilla universitaria y la sesión académica que le siguió. Después de la sabia disertación con que abrió el acto el Magnífico Sr. Rector, Dr. Alvarez Gendín, tratando de las «*Ideas pedagógicas de Jovellanos*», el Doctor Ibáñez Martín, pronunció un hermoso y enardecido discurso en que tributó cumplida alabanza a la vitalidad de esta ilustre y dos veces martirizada Universidad de Oviedo, en quien la Ley de Ordenación Universitaria ha sancionado tanto mérito con la instauración definitiva de las Facultades completas de Derecho, Ciencias y Filosofía y Letras, disposición con que se consagra su plenitud y madurez docentes. Anunció después el Ministro de Educación Nacional los nuevos acuerdos y disposiciones de su Departamento en que se dotan y satisfacen necesidades de

VIII

nuestro distrito universitario, y entre ellos el de adquisición de un noble edificio ovetense para instalación ancha y digna de nuestra Facultad de Filosofía y Letras. En sus últimas palabras glosó, el Dr. Ibáñez Martín, los principios fundamentales que han dirigido, para mejor servicio de España, su tarea ministerial.

Acompañado por todos los claustrales, recorrió el Ministro de Educación Nacional, todas y cada una de las instalaciones y dependencias de esta Casa.

Fueron prolongación de estos actos universitarios la colocación de la última piedra del Colegio Mayor de San Gregorio en la tarde del día 25 de agosto y las detenidas y minuciosas visitas realizadas por el Dr. Ibáñez Martín a los centros docentes de Oviedo, Gijón y Avilés.

Es digna de anotarse, por último, la cortés participación que en todos estos actos tomaron las Autoridades y Corporaciones ovetenses. A todos ellos agradece la Universidad ese confortador estímulo social que es galardón de su silencioso trabajo intelectual y prenda de la estima de su esfuerzo cultural, consagrado al honroso servicio de España y de Asturias.

Y terminada esta rápida recordación de los más salientes hechos que han acontecido durante el curso 1943-1944 en la vida de nuestra Universidad, pasaré a tratar el tema central de esta disertación académica. He pensado bastante antes de elegir la materia y considerando la escasez de mis dotes oratorias, he decidido acogerme a la exposición de un tema noble y significativo, para que la sustancia del asunto hiciese olvidar, en lo posible, la desmaña y atonía de las formas de expresión.

EL TEMA DE ESPAÑA EN LA OBRA DE BECQUER

La merecida y creciente estimación en que se tiene a Gustavo Adolfo Bécquer como cantor del alma y del amor, ha redundado en injusto olvido para el resto de la obra becqueriana. Es cierto que el poeta, en las *Cartas literarias a una mujer*, al desarrollar entre resonancias platónicas su pensamiento acerca de lo poético, dice que la mujer es la *poesía del mundo* (1) y afirma que *el amor es manantial perenne de toda poesía, el origen fecundo de todo lo grande, el principio eterno de todo lo bello*, no obstante en la mente de Bécquer el amor tiene ancho horizonte, y así añade a renglón seguido: *y digo el amor, porque la religión, nuestra religión sobre todo, es un amor también, es el amor más puro, más hermoso, el único infinito que se conoce, y solo a estos dos astros de la inteligencia puede volverse el hombre cuando desea luz que alumbré su camino, inspiración que fecundice su vena estéril y fatigada* (2). Dos raíces temáticas, hondas y firmes, descubre en su obra Gustavo Adolfo con estas palabras; y aun puede añadirse un tercer brote de amor que dió tema copioso a muchos lugares becquerianos: el amor a España.

Hay pues en Bécquer una rica y notoria variedad en la motivación literaria, que, sin embargo, ha pasado casi siempre inadvertida; porque la fama súbita y apasionada, al adueñarse de las obras de

Gustavo, consagró una valoración unilateral, y la crítica vivió cien años empujada en discutir la innegable, pero no servil, influencia de Enrique Heine en la concepción poética becqueriana (3). Pero la verdad histórica pide ya, como legítima restitución, el estudio y justiprecio de las directrices temáticas olvidadas siempre al enjuiciar la obra de Bécquer.

Para satisfacer, en algo, esta necesidad, me ha parecido oportuno reunir y glosar en las páginas de esta disertación, algunos de los textos becquerianos en que más hondamente palpita el tema de España.

La materia es abundante y compleja porque en la prosa de Gustavo Adolfo la luz y el calor de España se manifiestan, no en efímeras alusiones, sino en anchos y tenaces ciclos temáticos, desenvueltos a lo largo de quince años. La densidad de los motivos españoles en la obra becqueriana permite, sin amaño, el establecimiento de períodos en el proceso de su preocupación española, y como además la claridad los aconseja, comenzaré por fijarlos:

1.º Desde 1854 a 1860, caracterizado por la publicación de la *Historia de los Templos de España*.

2.º Desde 1860 a 1864, años en que van apareciendo las *Legendas*.

3.º Desde 1864 a 1870, tiempo en que Bécquer publica las *Cartas desde mi celda*, y sus artículos de crítica artística y tradiciones populares.

LOS TEMPLOS DE ESPAÑA

Cuando Gustavo Adolfo llegó a la Corte en el otoño de 1854, con sus inexpertos dieciocho años y sus mermados treinta duros, una noble esperanza le compensó de la indiferente frialdad madrileña en que vinieron a deshacerse sus ilusiones adolescentes de rápida gloria literaria. Incómoda y oscura era la pensión de la calle de Hortaleza, número 8, donde le tocó alojarse (4); pero aquello

duraría poco: una obra monumental, planeada ya en sus menores detalles, prometía honra cumplida y provecho cercano. Julio Nombela, amigo entrañable y biógrafo de Gustavo, nos dice que esta obra había de titularse *Los Templos de España*, y añade que brillaban el entusiasmo y la fe en los ojos de Bécquer, cuando hablaba del futuro libro (5). No fué tarea fácil encontrar editor, pero tanto juvenil fervor no resultó baldío, y al fin, en el año 1857, se tiró en las prensas madrileñas el tomo I de la *Historia de los Templos de España*, publicado bajo la protección de SS. MM., AA. y muy reverendos señores arzobispos y obispos, dirigida por don Juan de la Puerta Vizcaino y don Gustavo Adolfo Bécquer.

Pese a tan solemne portada, la obra no debió de recibir, con eficacia suficiente, las esperadas protecciones y quedó interrumpida en su primer volumen, dedicado a los templos de Toledo. El tomo fué escrito por Bécquer y el santanderino Mariano de Assas, correspondiendo a Gustavo mas de cien páginas del texto y la dirección efectiva y única (6), ya que el tal Puerta Vizcaino no pasó nunca de ser un aprovechado comerciante (7). Esta obra de los *Templos de España*, primogénita entre las becquerianas, es la única que su autor vió publicada como libro, ya que, como se sabe, la colección de sus trabajos preparada por Gustavo Adolfo para la imprenta, fué destruida por las turbas revolucionarias de 1868, al asaltar el despacho de González Brabo, que guardaba el original para prologarlo (8).

En la *Historia de los Templos* dejó Bécquer los primeros y capitales testimonios de su preocupación española, expuestos con gallarda y luminosa rotundidad: están consignados en una corta *Introducción* que Nombela estimaba como superior a las *Rimas* (9). Sin que suponga ratificación de tal juicio, cogió a continuación el prólogo becqueriano, que es ciertamente valioso y fundamental para comprender el noble españolismo de Gustavo Adolfo. Dice así: *La tradición religiosa es el eje de diamante sobre que gira nuestro pasado. Estudiar el templo, manifestación visible de la primera, para hacer en un solo libro la sín-*

tesis del segundo: he aquí nuestro propósito. Para conseguirlo, evocaremos de las olvidadas tumbas en que duermen al pie del santuario a los Titanes del arte que lo erigieron. Ellos nos dirán cómo la cruz salió de la cotacumba para enclavarse sobre el ara de Júpiter, y por qué, no bastando la antigua forma a contener la nueva idea, esta se creó una arquitectura especial que emigrando de pueblo en pueblo, fué modificada por los siglos. De sus labios sabremos qué misteriosas transformaciones llevaron el germen de la ojiva contenido en el semicírculo a concluir en su desarrollo en el arco con-opial, en qué visión terrible contemplaron ese mundo silencioso y quimérico que esculpían bajo el follaje de piedra de las arcadas, en dónde, en fin, está la clave invisible de esas robustas bóvedas, el firme cimiento de esas agujas aéreas con que coronaron sus edificios. Seguiremos en su marcha al pintor, desde que comienza iluminando con groseras imágenes los antiguos códices, hasta que después de cerrar con vidrios de colores brillantes las prolongadas ojivas, dice su última palabra cubriendo el tabernáculo de magníficas telas y los muros de frescos sorprendentes. Registraremos los archivos, y al consultar los gloriosos anales de nuestra historia, nos remontaremos de fecha en fecha, hasta descubrir las fuentes de la filosofía y del saber en el silencio de los claustros y, en el origen de éstos, el arco de triunfo que elevó a cada una de sus victorias la conquistista. Por último, cuando nos hayan revelado sus secretos las artes, cuando descifremos el Apocalipsis de granito que escribió el sacerdote en el santuario y aparezcan a nuestros ojos esas generaciones gigantes que duermen bajo las losas de los sepulcros, arrojaremos sobre el confuso caos de tan diferentes ideas, un rayo de la fe que creara, y éste será el FIAT LUX que disipará las sombras de ese pasado desconocido. Los hombres de reputación, mejor adquirida entre nuestros arqueólogos, lo más ardiente e instruido de esa juventud que espera con ansia el instante de saltar al palenque literario para probar sus fuerzas con un asunto grande, han tomado sobre sus hombros, no sin contar antes con el apoyo del Trono, de la Iglesia, y de la opinión pública, la colosal empresa de armar el esqueleto de esa era portentosa, que, herida de muerte por la duda, acabó con el último siglo. Acaso, cuando ya reunidos sus fragmentos, pongamos en pie el coloso de las creencias, sus gigantes proporciones humillen y confundan la raquítica Babel de la impiedad (10).

Si analizamos estas cálidas ideas becquerianas, no es difícil hallar la clara orientación sistemática que las ordena en torno a tres puntos:

1) Afirmación de que un glorioso pasado español, desconocido por el siglo XIX, pero poblado de *generaciones gigantes, era portentosa*.

2) Afirmación de que tal pasado tiene por *eje de diamante*, la tradición católica.

3) Afirmación de que la vida histórica de España sufre una radical y triste desviación en el siglo XVIII, al enturbiarse por la duda, la creencia religiosa.

Pero veintiún años juveniles piden algo más* que afirmaciones teóricas y Gustavo coronó la claridad de sus ideas con el generoso vigor de sus propósitos: pocos eran los medios, pero quiso oponerse a la decadencia que sentó en la España de su tiempo, y puso mano, sin esperar más, a la *colosal empresa* de levantar la España antigua, coloso de creencias, para que sus *gigantes proporciones humillen y confundan la raquítica Babel de la impiedad*, que fué su desventurada sucesora. No desconoció las grandes dificultades que su proyecto entrañaba (11); pero debió de pensar ya entonces lo que tres años después escribía en las *Cartas literarias a una mujer*, al desarrollar el tema de que *la religión es poesía: Al tratar un asunto tan grande en tan corto espacio y con tan escasa ciencia, como la de que yo dispongo, solo me anima una esperanza. Si para persuadir basta creer, yo siento lo que escribo* (12).

Como fórmula inmediata para su empresa de restauración, hemos visto que Gustavo Adolfo se propuso *estudiar el templo*. Pero esta concepción tan hispánica de identificar España y el Catolicismo, encajó en su mente como invención poética más que como quehacer científico: él mismo lo enuncia en un pasaje al decir que *la Historia de los Templos de España, por la índole especial de su pensamiento, no es la obra llamada a desenvolver analíticamente [los] oscuros problemas del arte árabe... [serán] sus páginas un inmenso museo, propio para mostrar en conjunto, y como en un vasto panorama, todas las más notables*

producciones de los diferentes estilos arquitectónicos en que abunda nuestra patria (13). Julio Nombela, en sus *Impresiones y recuerdos*, da una minuciosa y palpitante versión del pensamiento becqueriano: *No se trataba—dice—de un estudio puro y simplemente arqueológico, de una descripción técnica más o menos detallada como las que habían hecho algunos eruditos españoles, muy meritorias, muy documentadas, pero más labor de fotógrafo que de pintor artista. Lo que Gustavo pretendía, era hacer un grandioso poema en el que la fé cristiana, sencilla y humilde, ofreciese el incommensurable y espléndido cuadro de las bellezas del Catolicismo. Cada catedral, cada basílica, cada monasterio, sería un canto del poema. La idea, el sentimiento estarían expresados por la fábrica con el mármol, la madera, el hierro, el bronce, la plata, el oro, las piedras preciosas, el servicio de artistas, arquitectos, pintores y escultores. A estas espléndidas formas darían alma la oración, la liturgia, el sencillo, severo y solemne canto llano, las melodías del órgano, los símbolos de los dogmas, la elocuencia sagrada.*

Desde la más humilde ermita hasta la más suntuosa catedral, desde el sencillo motete hasta el grandioso Tantum ergo o el terrible Dies irae; desde la sencilla oración, hasta el solemne Te Deum, todo debía aparecer en su natural gradación.

Era preciso, en concepto de Bécquer, penetrarse de lo que representa y es la Religión en el mundo: de lo que era capaz de realizar la fe, y evocarla ante los creyentes, rodeada de su humildad y su grandeza, demostrando el poderío del arte inspirado por el sentimiento religioso (14).

En esta técnica becqueriana pueden distinguirse los siguientes cardinales objetivos:

- a) Recoger en formas literarias las tradiciones de España.
- b) Vincular estas tradiciones a los monumentos religiosos españoles.
- c) Enaltecer y utilizar la función expresiva de la liturgia y atuendo ornamental en los templos de España.

Estas directrices que son cabal complemento de las afirmacio-

nes sentadas en la introducción de la *Historia de los Templos*, y redondean el fundamento teórico del plan becqueriano; hallaron desigual aplicación en los cinco capítulos escritos por Bécquer acerca de las iglesias toledanas de San Juan de los Reyes, Santa Leocadia, El Cristo de la Luz, Santa María la Blanca y Nuestra Señora del Tránsito. Escaso relieve tienen los artículos dedicados a las dos últimas: Gustavo expone con agudeza crítica los antecedentes históricos y ataca con amenidad la descripción técnica, pero su prosa carece de ímpetu poemático. Parece como si la condición de antiguas sinagogas que se da en Santa María la Blanca y en Nuestra Señora del Tránsito, apagase toda resonancia poética en el alma de Bécquer: sin duda, la entrañada concepción cristiana en que fraguó la *Historia de los Templos*, hizo caer a los monumentos judíos fuera de las afinidades cordiales de Gustavo Adolfo. Ello explica que únicamente vea en la arquitectura israelita, el *trofeo del triunfo de nuestra religión* (15), y que conceda tan solo a sus leyendas erecticias la consideración de consejas (16).

Mayor simpatía muestra Gustavo, en el capítulo dedicado a la ermita del Cristo de la Luz, hacia el otro pueblo semita que dejó construcciones notables en España. El fuerte y arraigado influjo del Romanticismo en la formación literaria de Bécquer, no podrá menos de aficionarle a la civilización ismaelita, cuya arquitectura caracteriza con estas acicaladas frases: *La arquitectura árabe parece la hija del sueño de un creyente, dormido después de una batalla a la sombra de una palmera. Sólo le religión que con tan brillantes colores pinta las huries del paraíso y sus embriagadoras delicias, pudo reunir las confusas ideas de mil diferentes estilos y entretelarlos en la forma de un encaje. Sus gentiles creaciones, no son más que una hermosa página del libro de su legislador poeta, escrita con alabastro y estuco en las paredes de una mezquita o en las tarbeas de una aljama* (17). Sin embargo lo más profundo y vivo del comentario becqueriano acerca de las construcciones árabes, no es la referencia concreta a las edificaciones mahometanas, sino el animado esquema histórico en que Gustavo Adolfo exalta la influen-

cia de la religión en el arte, para llegar a esta certera conclusión: *solo una nueva religión puede crear una nueva sociedad, y solo en ésta hay poder de imaginación suficiente a concebir un nuevo arte* (18). Siendo de anotar que estos pasajes de síntesis estética son los únicos de todo este capítulo que volvieron a publicarse, años más tarde, con el título de *La Arquitectura árabe en Toledo*. Tanto al tratar de los monumentos árabes, como al estudiar los hebraicos, pareció Gustavo atenerse literalmente a la consigna dada por su admirado Zorrilla (19), los famosos versos de la *Introducción a los Cantos del Trovador*:

¡Lejos de mí la historia tentadora
De ajena tierra y religión profana!

Distinto brío y más noble tensión poética hay en los artículos dedicados por Bécquer a la basílica de Santa Leocadia y a San Juan de los Reyes. Ellos son cumbre de la *Historia de los Templos de España* y dan cumplimiento a los objetivos poemáticos acariciados por Gustavo Adolfo. El templo de Santa Leocadia *pequeño en sus proporciones y desprovisto hasta cierto punto de importancia en la parte arquitectónica*, conservaba para Bécquer *esa indefinible y misteriosa majestad que nos fuerza a detener nuestro paso y a descubrírnos aun en presencia de una sola piedra, a la que vive unida una tradición remota y venerable* (20). Ello basta al poeta para levantar un vigoroso cuadro de las persecuciones romanas contra el Cristianismo, pintura a la que seguramente no fué ajeno el recuerdo de Chateaubriand. Figura central de este relato es la virgen toledana Leocadia, cuya conversión se narra con estas palabras: *un día la palabra del Señor resonó en su oído como una melodía suave, que su alma había comenzado sin poderla concluir, y que aquellas incompletaban: la revelación semejante a una luz clarísima, brilló de improviso en el fondo de su mente, iluminando sus pensamientos, antes vagos y confundidos entre el crepúsculo, precursor de aquella aurora que se elevaba radiante.....*

La Oración, con sus alas de nieve, que pone en contacto al cielo con la tierra, la Caridad, con sus piadosas lágrimas en la mejilla, que iguala a la criatura con los serafines, el Martirio, con su corona de espinas y su bautismo de sangre que conduce al hombre sobre las huellas que dejó su Dios en el mundo, todos esos gozos espirituales del amor divino, todas esas esperanzas sin límites de la fe, que forman el brillante cortejo de nuestra sagrada religión, mostraron sus encantos a la doncella (21). Menos aliento poético tienen las restantes páginas consagradas a la historia de esta basílica, pero en ellas puede todavía anotarse la cordial recordación de los Concilios toledanos reunidos en Santa Leocadia, que cumple decorosamente el propósito becqueriano de enaltecer las grandezas patrias con ocasión de estudiar los templos españoles.

El mejor, sin embargo, de los capítulos escritos por Gustavo Adolfo en la *Historia de los Templos de España* es sin disputa, el que encabezó la serie, dedicado a San Juan de los Reyes. Aquí el estilo se encrespa y robustece, y toda escoria didáctica se purifica al rítmico calor de la prosa. Una elegante y ágil glosa de los motivos ornamentales remata con una romántica defensa de la arquitectura genuinamente española, pretérida por el Renacimiento: *se exhumó—dice Bcequer—en Italia el gusto romano, y ya ataviando en esqueleto con las galas platerescas, ya afectando su primitiva sencillez, inundó a las otras naciones bajo la forma del renacimiento. Nada se respetó: profanáronse los más caprichosos pensamientos de nuestra arquitectura propia, a la que apellidaron bárbara, dióse a los templos la matemática regularidad de las construcciones gentílicas, insultóse el santo pudor de las esculturas, arrancándoles, para revelar el desnudo, sus largos y fantásticos ropajes, y, tal vez para alumbrar su vergüenza dejóse por la ancha rotonda penetrar la luz a torrentes en el interior del santuario, bañando antes en la tenue y moribunda claridad que se abría paso a través de los vidrios de colores del estrecho ajimez o del calado rosetón (22).*

Gustavo ve en el templo la encarnación bella de sus tradiciones históricas, y en el de San Juan de los Reyes: *el arco triunfal que le ba- bea de la victoria conseguida en foro, donde, como en los antiguos juicios de*

Dios, probaron las armas el derecho a suceder en la Corona de Castilla, ora la prenda de alianza entre el cielo y una reina, que ofreció a este un templo en cambio de un trono: trono bajo cuya égida debiera concluir la espantosa expiación que los crímenes de una edad lejana trajeron sobre nuestras cabezas, coronando con la toma de Granada ese gigante poema de ocho siglos llamado la reconquista, trono que debiera mostrar a la obsorta Europa el más osado genio de su época y al antiguo, un nuevo mundo arrancado por la fe a las desiertas llanuras del Océano, trono, en fin, sobre cuyas gradas sintió Fernando tomar forma en su mente a ese colosal pensamiento que prosiguió un fraile oscuro y acabó un rey no comprendido. La creación de la monarquía (23).

Remata la primera parte de este artículo con la siguiente admirada semblanza de Cisneros: *Grábese en aquella frente pálida la honda huella del dolor, enciéndase en aquellos ojos sin pupilas la llama del genio, préstese a sus labios la ligera contracción que los impreme una voluntad de diamante, y se creará haber sorprendido en su meditación solitaria, al profundo político, al eminente general, hombre nacido para el poder y mando al célebre Cisneros que, después de abandonar su tumba viene aun a la hora del crepúsculo a recorrer aquellos lugares. Aquellos lugares a donde más de una vez, bajo la grosera capucha de un hábito humilde se fundían en su imaginación de fuego esas ideas gigantes, que más tarde, al tomar forma, le pusieron a la cabeza de su siglo. Aquellos lugares, a los que le trajo la brisa, con el melancólico clamor de las campanas, y los lejanos ecos del órgano que rodaban temblando en los aires al unirse a las graves notas del salmo religioso, el primer suspiro de la noche que iba a nacer, el último rumor del día que acaba de morir* (24).

La segunda parte de este artículo de San Juan de los Reyes tiene absoluta unidad poemática y está dividida en nueve cortos párrafos que, con movimiento de estrofa, componen una magnífica oda arqueológica. Comparable a las mejores obras becquerianas, es sin duda la más justa y lograda expresión del ideal estético que le dió vida en la mente de Bécquer a la *Historia de los Templos de España*. Sirvanos de imprescindible muestra el primero de sus

párrafos: silenciosas ruinas de un prodigio del arte restos imponentes de una generación olvidada, sombríos muros del santuario del Señor, hème aquí entre vosotros. Salud compañeros de la meditación y la melancolía, salud. Yo soy el poeta. El poeta que no trae ni los pergaminos del historiador, ni el compás del arquitecto, que ignora aún el tecnicismo del uno, y apenas si, merced a las tradiciones que guarda en sus cantares puede seguir al otro por entre las enmarañadas sendas de su abrumadora sabiduría. El poeta, que no viene a reducir vuestra majestad a líneas, ni vuestros recuerdos a números, sino a pedir os un rayo de inspiración y un instante de calma. Bañad un frente en vuestra sombra apacible, prestadme una rama de vuestros sauces para colgar mi laud, haced que la melancolía que sueña en vuestro seno me envuelva entre sus alas transparentes, que yo al partir os pagaré esta hospitalidad con una lágrima y un canto (25).

Si hubiera de hacerse en este lugar el examen estilístico de los *Templos de España*, no sería difícil anotar en su prosa más elementos líricos que notas épicas. Su fervor emocionado lleva a Bécquer a colocarse en primer plano; la ambiciosa amplitud de las síntesis históricas hace que sean los siglos, y no los hombres, medida de los tiempos heróicos; y como natural recuerda las grandes personalidades humanas, sumidas en la corriente de la abstracción cronológica, pierden la viviente soltura de la acción y el diálogo, para quedar inmóviles bajo la gris penumbra de los grandes y sonoros nombres.

La corta experiencia literaria de Gustavo no le había hecho todavía cococer que todo abstracción por audaz y grandiosa que sea empobrece y achica la envergadura estética del hombre, al restarle aquella íntegra y armoniosa plenitud que es don hermoso de la vida humana, y está sin embargo radicalmente negado a la especulación intelectual cuando se ejerce analítica y solitaria. Las innegables bellezas de los *Templos de España* son más bien oratorias que épicas, ya que se originan más en la enunciación de fervorosas ideas y gloriosos nombres, que en el desenvolvimiento de insignes caracteres humanos y dramática narración de grandes acciones. El módu-

lo genérico en que vierte Gustavo la materia poética de las tradiciones españolas, está más cerca en este libro, de la oda neoclásica que de la epopeya: no habrá en estas fechas, dado Bécquer el genial viraje que le apartó de la admiración y de la influencia de Lista y de Quintana (26), para llevarle al logro de un estilo propio; y por ello aún en la prosa romántica de los *Templos*, aflora algún resabio de pasadas escuelas: le cuadraban entonces, sin duda, aquellas palabras que él escribió del protagonista de una de sus narraciones de más sabor autobiográfico: *En el género lírico estaba aún en la oda, respecto al dramático solo concebía la tragedia, en sus raptos de inspiración juzgaba posible hasta el poema épico* (27).

Pero en fin de cuentas mis propósitos aquí no es tanto la valoración literaria como el estudio de la preocupación española de Gustavo Adolfo, y desde este punto de vista es incuestionable la noble trascendencia de la *Historia de los Templos de España*. Aunque concedamos el evidente influjo del Vizconde del Chateaubriand cuyo *Genio del Cristianismo* leyó Gustavo durante su adolescencia sevillana, y computemos lo que se deba al recuerdo de *Nuestra Señora de París* (28); queda para Bécquer el generoso mérito de haber intentado en 1857, por el camino de las bellas artes, una empresa de restauración hispánica semejante a la que cincuenta años después llevó a ilustre término Menéndez y Pelayo, por el camino de las letras y la filosofía.

LAS LEYENDAS BECQUERIANAS

El tiempo que media entre 1857 y los últimos meses de 1860, en que se publica *La Cruz del Diablo*, primera en aparecer de sus *Leyendas* es para Gustavo tiempo de prueba y desvelada lucha. Son los más duros y estrechos años de su vida, únicos en que le rondó de cerca el hambre (29); pero son también los más decisivos y fructíferos para su formación humana y artística. Madura en este tiempo su personal experiencia del dolor en el poco lucrativo tra-

bajo diario y en una grave enfermedad (30); vive un pasivo, pero arraigado amor en su enamoramiento de Julia Espín y Calbrand (31); y ensancha su horizonte intelectual al entrar en el mundillo literario de la Corte (32). Es ahora cuando venciendo su repugnancia por la apresurada labor periodística (33), empieza a escribir en la prensa; cuando conoce, a través de varias traducciones, la obra de Heine (34); cuando tienta el género novelesco (35), y ensaya la biografía política (36); cuando publica su primera *ríma* (37); cuando logra, por fin, asegurarse un vivir independiente y decoroso con el fruto de algunos arreglos, traducciones y ensayos dramáticos originales (38).

Finalizado el año 1860 se funda *El Contemporáneo*, y las gestiones de Ramón Rodríguez Correa llevan a Gustavo Adolfo a formar parte de la primera redacción (39). Allí comparte la menuda labor diaria del periódico (40), y nutre, además, con frecuencia, la sección de *variedades*. La vida de Bécquer entra entonces en más ancho cauce, y cuando el domingo 19 de mayo de 1861 casa Gustavo, profundamente enamorado, con Casta Esteban y Navarro, puede afirmarse que comienza para el poeta una era de equilibrada felicidad.

La obra becqueriana de los recordados tiempos borrascosos, se ha perdido o es insignificante como hija de las horas de transición: pero al consolidar Bécquer su tranquila medianía económica, empieza la época más fecunda y valiosa de su vida de escritor. Entonces escribe buena parte de las *rimas*, aunque muy pocas se publican, y a partir de «*La Cruz del Diablo*», aparecida en la *Crónica de Ambos Mundos*, Gustavo Adolfo se da a la composición de las *Leyendas*, que durante cuatro años absorben casi en absoluto su actividad literaria. Primero en *El Contemporáneo*, y desde 1863, también en *La Gaceta literaria*, y la *América*, van apareciendo estos valiosos relatos con la singular coincidencia de ser cuatro los anualmente publicados.

Es digno de anotarse que con el sereno gozo de la invención li-

teraria no turbada por agobios económicos, vuelven los temas españoles a la pluma de Gustavo Adolfo. Data de 1862 la publicación de tres artículos, en que con el título de *Recuerdos de un viaje artístico*, *La Arquitectura árabe en Toledo*, y *San Juan de los Reyes* (41), saca Bécquer del olvido, en las columnas de *El Contemporáneo*, casi todo lo mejor de la *Historia de los Templos de España*: obra que, según testimonio de Nombela, fué *sueño de toda su vida que no pudo realizar* (42). Con todo, son las *Leyendas* la más granada versión del tema de España que da Gustavo en estos años. Por cercana, la publicación de *Los Templos* dispensaba de una nueva exposición programática, pero las finalidades que más arriba he analizado, se mantienen implícitas y constantes en la composición de las narraciones becquerianas, aunque éstas no formen cuerpo de libro y su inserción en *El Contemporáneo* les obligue a la fragmentaria apariencia de perlas de un collar que no llegó a ensartarse.

El mantenimiento de los objetivos poemáticos concebidos de antiguo por Bécquer, da a las *Leyendas* una visible unidad. Y así es fácil observar que por su temática constituyen una homogénea colección de milagros tradicionales, cuyo elemento sobrenatural es siempre cristiano, ya sea el que pudiéramos llamar *maravilloso beatífico*, que tiene por centro a Jesucristo, la Virgen María y los Santos, ya sea el *maravilloso diabólico o infernal*, que tiene por agente al Demonio. Los frecuentes casos de brujería narrados por Gustavo Adolfo tienen todos una asimilación obvia a lo diabólico, siendo curiosa la frecuencia con que el poeta encarna lo demoníaco en personajes femeninos, como sucede en «*Los ojos verdes*», «*La corza blanca*», «*La ajorca de oro*», «*El gamo*», y en los episodios narrados en las «*Cartas desde mi celda*». Es también nota común la devota ejemplaridad de los sucesos contados: el *Miserere*, es la historia de un entrañable arrepentimiento; *La ajorca de oro*, castigo de un sacrilegio; *La cueva de la mora*, el relato de una conversión al Cristianismo; *El Cristo de la calavera*, narración de la milagrosa advertencia de un Cristo toledano; *La rosa de pasión*, cuenta del heroico martirio

de una neófita hebrea; *Creed en Dios*, relata un caso de penitente de conversión, lograda por intercesión de la Virgen de Monserrat; *El monte de las ánimas*, es la expiación de una temeraria vanidad femenina; *El beso*, narra la expiatoria pena de un sacrílego, que escarneció además a España; *El gnomo*, cuenta el castigo sobrenatural de la ambición diabólica; *La promesa*, evoca la sanción milagrosa que exige la fidelidad de un juramento; *La corza blanca*, es la muerte violenta de una mujer endemoniada; y *La Cruz del Diablo*, un milagro de San Bartolomé, precedido de la penitencia de un pueblo entero.

La localización de las *Leyendas*, constituye una ancha síntesis geográfica: el ámbito, único y amado de España, se refleja con sus cuatro horizontes en la rica y pintoresca prosa becqueriana, porque Gustavo; como dice Rodríguez Correa: *en cada punto de España, que había visitado durante su vida artística, había levantado su fantasía poderosa, unida a su nada común saber, un mundo de tradiciones y de historias, sólo con ver brillar el bordado manto de una santa imagen, o leyendo apenas una inscripción borrosa en oscuro rincón de arruinada abadía* (43). Toledo vive en *El beso*, *El Cristo de la calavera*, y *La rosa de Pasión*; Sevilla vibra en *Maese Pérez el organista*, Soria está en «*El rayo de luna*», y el *Monte de las ánimas*, Navarra aparece en *La cueva de la mora* y el *Miserere*, Cataluña en *Creed en Dios*, Castilla, en *La promesa*. Las riberas del Segre dan escenario a *La Cruz del Diablo*, y los valles del Moncayo, antigua frontera de Aragón y Castilla, a *Los ojos verdes*, *El gnomo* y *La corza blanca*.

La capital tesis becqueriana de que: *Fuera del lugar en que se guarda su memoria, lejos del recinto que aún conserva sus trazas, donde parece que todavía respiramos la atmósfera de las edades que les dieron el ser, las tradiciones pierden su poético misterio, su inescrutable dominio sobre el alma*, (44) explica una última nota que se da en las *Leyendas*, porque para Gustavo, *la tradición es al edificio lo que el perfume a la flor, lo que el espíritu al cuerpo, una parte inmaterial que se desprende de él y que dando nombre y carácter a sus muros, les presta encanto y poesía* (45); tal nota última es la frecuente vinculación de los hechos tradicionales na-

rrados a monumentos religiosos o ruinas venerables. Sucede en un templo la acción de *La ajorca de oro*, *Maese Pérez*, *Creed en Dios*, y *El beso*, se localizan en ruinas de iglesias o castillos, *El Monte de las ánimas*, *El rayo de luna*, *el Miserere*, *La cueva de la mora*, y *La rosa de Pasión*. Imágenes cristianas son eje de los sucesos contados en *La Cruz del Diablo* y *El Cristo de la calavera*, y otros elementos litúrgicos y ornamentados alcanzan singular valoración expresiva; el canto y el órgano, en *El Miserere* y *Maese Pérez*, las esculturas sepulcrales, en *El beso* y *La ajorca de oro*.

Aparte de estos caracteres analíticamente explorados, hay en las *Leyendas* un amplio diseño panorámico de la sociedad española, desde los tiempos medios hasta la invasión napoleónica. La pintura es mucho más viva y directa que en los *Templos de España*, pero la civilización retratada es la misma: un mundo cristiano y militante que ama y cree con exaltadas pasiones y fe varonil. Valen como ejemplo de estas logradas reconstrucciones históricas: el apartado I, y comienzo del II, de *Maese Pérez*, en que revive la Sevilla de los Austrias, a través de un copioso aluvión de notas pintorescas y locales, que en la morosidad de la descripción indumentaria, recuerda la manera del Duque de Rivas, leído y admirado por Bécquer (46), y como Gustavo, conocedor ejercitado de la pintura (47). Es también notable la captación del ambiente caballeresco medieval en *El Monte de las ánimas* y *El rayo de luna*, conseguida con fina sobriedad; y se ha plasmado con fresca y vibrante belleza en *Los ojos verdes* y *La corza blanca*, un luminoso ámbito de trágica égloga venatoria, en que el paisaje vivo y dinámico, refuerza con armoniosa concordancia la palpitación humana de Fernando de Almenar, o de Constanza y Garcés.

Si intentásemos acotar algunas de las notas diferenciales que se dan entre *Los templos de España* y las *Leyendas*, nos saltaría a los ojos, en primer lugar, la supresión total del aparato técnico con que Bécquer acompañó las páginas poemáticas dedicadas a los templos de Toledo. Nada hay en ello que lamentar, ya que la juventud de

Gustavo y su vocación, más literaria que científica, hicieron inevitablemente superficiales los escarceos arqueológicos y las alegaciones documentarias.

Es también de notar en el conjunto de las *Leyendas*, un claro proceso de objetivación de la materia poética que diferencia estos relatos de los contenidos en los capítulos becquerianos de la *Historia de los Templos*. Puede observarse en los extremos siguientes:

a) La introducción que situaba en primer plano la persona del narrador, ha desaparecido en *Creed en Dios*, *El Cristo de la calavera*, *La promesa*, *La corza blanca*, y *El beso*, y se conserva reducida a unas líneas preliminares en *La ajorca de oro*, *El Monte de las ánimas*, *Los ojos verdes*, *Maese Pérez*, *El rayo de luna*, y *La rosa de Pasión*, pero se mantiene extensa y circunstanciada tal introducción, en varios casos: alguno fácilmente explicable, como *La Cruz del Diablo*, llena de vacilaciones y trivialidades de ejecución, como de obra primeriza y de transición entre dos formas expresivas logradas. No pueden alcanzar estas razones a *La cueva de la mora*, narración breve y pobre en recursos psicológicos; a *El gnomo*, relato bicéfalo y desigual, y a *El Miserere*, leyenda en que los elementos biográficos directos malogran la unidad y viveza de la acción con la mezcla inorgánica de dos mundos dispares. Estas tres historias legendarias, publicadas entre abril de 1862 y enero de 1863 (48), representan una verdadera recaída en procedimientos de ejecución ya superados, si las comparamos con *Monte de las ánimas*, *Los ojos verdes*, y *Maese Pérez*, escritas en 1861.

b) El proceso de objetivación se puede asimismo comprobar en la casi total desaparición, en las *Leyendas*, de las grandes síntesis oratorias que notábamos en los *Templos de España*. Pueden citarse como única notable excepción los párrafos con que principia el apartado III de *La ajorca de oro*, en los que parece quiso resarcirse Bécquer de la privación sufrida, cuando dejó a Mariano de Assa el estudio dedicado a la Catedral toledana, en la *Historia de los Templos*. Dice Gustavo: ¡*La Catedral de Toledo!* Figuráos un bosque de gigan-

tes palmeras de granito, que al entrelazar sus ramas forman una bóveda colosal y magnífica, bajo la cual se guarece y vive con la vida que le ha prestado el genio, todo una creación de seres imaginarios y reales. Figuráos un caos incomprensible de sombra y luz, en donde se mezclan y confunden con las tinieblas de las naves, los rayos de colores de las ojivas, donde lucha y se pierde, con la oscuridad del santuario, el fulgor de las lámparas. Figuráos un mundo de piedra, inmenso como el espíritu de nuestra religión, sombrío como sus tradiciones, enigmático como sus parábolas, y todavía no tendréis una idea remota de ese eterno monumento del entusiasmo y la fe de nuestros mayores, sobre el que los siglos han derramado a porfía el tesoro de sus creencias, de su inspiración y de sus artes. En su seno viven el silencio, la majestad, la poesía del misticismo y un santo horror que defiende sus umbrales contra los pensamientos mundanos y las mezquinas pasiones de la tierra. La consunción material se alivia respirando el aire puro de las montañas, el ateísmo debe curarse respirando su atmósfera de fe (49). Palabras estas que recuerdan vivamente la *Introducción* de los *Templos* que antes he copiado.

Al desaparecer, como disipada la niebla, la abstracción cronológica, el mundo becqueriano se puebla de vivientes caracteres humanos, dotados por la virtud y el genio como Maese Pérez, el organista; cubiertos de opaca melancolía como el Manrique de *El rayo de luna*; entregados al amor y a la temeraria valentía como Alonso de Alcudiel; hijos del desdén y el orgullo, como Beatriz de Borges; llenos de astuto rencor y taimada avaricia como Daniel, o de generosa ira y abnegada vocación de martirio como Sara, ambos en *La rosa de pasión*; perfilados en llamativo contraste como los caracteres de Marta y Magdalena de *El gnomo*, dominados por crepuscular tristeza, como la Margarita de *La promesa*, animados de resuelta gallardía como Alonso Carrillo y Lope de Sandoval. Pero iguales todos en fuerza humana y vitalidad dramática. Su rica matización psicológica, desarrollada en armoniosa gradación de afectos y acciones, está expresada a menudo en un suelto y fino diálogo, a cuya ágil perfección no es ajena la oscura, pero eficaz experiencia teatral adquirida por Bécquer, en sus difíciles años de adap-

tador y traductor dramático. Pueden citarse como modelo: la chispeante charla de la demandadera de Santa Inés; las confidencias de Fernando de Almenar a Iñigo, su montero; el coloquio de Constanza y Garcés, en *La corza blanca*; la patética conversación de Beatriz de Borges y Alonso de Alcudiel, y el alucinante concierto de las voces cambiadas, en *El gnomo*, entre Marta, Magdalena, el Agua y el Viento.

Este somero análisis nos indica que las *Leyendas* son cumbre y madurez de la prosa becqueriana y a la vez contienen la más poética y aplaudida versión (50) dada por Gustavo a los temas españoles, conseguida por la expresión de las tradiciones espirituales de España en una forma impersonal, activa y directa, que alcanza en muchos pasajes el vigor hermosísimo de la narración épica.

LAS CARTAS DESDE MI CELDA Y LOS ARTICULOS

En el año 1864 tiene especial transcendencia en la vida de Bécquer. El grave quebranto de su salud le hace marchar al Monasterio de Veruela, estribaciones del Moncayo, a reparar sus fuerzas corporales al socaire de la primavera; y, cuando el año termina, la protección de Luis González Bravo (51) aseguraba a Gustavo Adolfo una holgada posición económica y social, de que disfrutará hasta septiembre de 1868. Ambos sucesos determinaron quizás un tercer hecho importante: a partir de octubre de 1864 cesa la colaboración conocida de Gustavo en *Contemporáneo* (52).

Tales acontecimientos coinciden, y tal vez son su causa, con un hondo viraje en el quehacer literario de Bécquer; su actividad de escritor baja sensiblemente en los años de 1865 a 1869, y su prosa se aleja de los géneros literarios mayores para componer solamente breves artículos de crítica literaria y pintura de costumbres. El periodismo es, en este tiempo, su dedicación y lleva a Gustavo en enero de 1870 a dirigir *La Ilustración de Madrid* (53), hasta su muerte. Su intervención en esta revista estimuló grande-

mente su pluma y sobrepasó con mucho la de un mero director. Bécquer fué en realidad el verdadero creador de *La Ilustración de Madrid*, y la huella de su pensamiento marcó las páginas de la revista con el afanoso signo de lo español. Francisco de la Iglesia, que fué íntimo de Gustavo Adolfo por estos años y colaborador de tal publicación, nos cuenta la génesis ideológica del nuevo periódico: *habló, dice, con Eduardo Gasset y Artime, fundador de El Imparcial, de la patriótica propaganda que se podía hacer en España de nuestras riquezas artísticas con la publicación de un diario ilustrado con esmero, Isidoro Fernández Flórez apoyó la idea, la inteligente iniciativa que Gasset aceptó desde luego y La Ilustración de Madrid fué la base de una posición decorosa para los dos hermanos, Gustavo dirigía el periódico, Valeriano dibujaba los grabados* (54). Primera consecuencia de este propósito de exaltación española en el destacado epígrafe que anuncia en la portada de la revista, *Dibujos y grabados exclusivamente españoles*. Tan noble españolismo tiene, aún fuera del texto normal, dos curiosas manifestaciones: en el artículo de fondo que encabeza el n.º 10, de 27 de mayo de 1870, es argumento que defiende la integridad de una subvención concedida por el Gobierno y que al fin hubo de repartirse con *La Ilustración Española y Americana*. Las palabras anónimas de este fondo apoyan el derecho exclusivo de *La Ilustración de Madrid* en ser un periódico exclusivamente español, ilustrado por el trabajo original de un grupo de artistas españoles que aspiran a encontrar la justa retribución de su trabajo, mientras que *La Ilustración Española y Americana*, era propiedad comercial de un editor y no tenía el menor empacho en inundar sus columnas con un aluvión de clichés usados antes en publicaciones extranjeras. El consciente y tenaz patriotismo de Bécquer es, además, en el n.º 27 de diciembre de 1870, el más insigne mérito que como director de *La Ilustración de Madrid* le atribuye la anónima y atribulada pluma a quien tocó dar la noticia de su muerte, en apretadas y tristes líneas.

El tiempo que va del año 1864 a 1870, constituye el tercero y

último de los tres períodos que cabe distinguir en el proceso de la preocupación española de Bécquer. La iniciación y caracteres de la nueva versión becqueriana del tema de España, puede estudiarse en las *Cartas desde mi celda*, publicadas desde mayo a octubre de 1864 y redactadas en Veruela. La Carta IX, aparecida con el título *La Virgen de Veruela*, es por su fecha la última de las *Leyendas*, sin que por su ejecución sea de las primeras. Su asunto es un milagro mariano hecho en favor de Don Pedro Atares, señor de Borja, y como relato legendario parece marcar el agotamiento de una modalidad literaria explotada con maestría por Gustavo Adolfo, durante cuatro años. En la Carta IV escrita tres meses antes, puede ya verse el profundo cambio operado en la concepción literaria de Bécquer: no es ya un poema, sino un inventario lo que sueña hacer con los restos de nuestra pasada grandeza (55).

Se conserva, sin embargo, en toda su firmeza el fervor español de Gustavo y logra en esta Carta algunas de sus más felices expresiones: *al ver todo lo que en objetos dignos de estimación, en costumbres peculiares y primitivos recuerdos de otras épocas, se ha extraviado y puesto en desuso de sesenta años a esta parte, lo que las exigencias de la nueva manera de ser social trastornan y desencajan, lo que las necesidades y las aspiraciones crecientes desechan u olvidan, un sentimiento de profundo dolor se apodera de mi alma, y no puedo menos de culpar el descuido o el desdén de los que a fines del siglo pasado pudieron aún recoger para transmitirnoslas íntegras, las últimas palabras de la tradición nacional, estudiando detenidamente nuestra vieja España, cuando aún estaban de pié los monumentos testigos de sus glorias, cuando aún en las costumbres y en la vida interna quedaban huellas perceptibles de su carácter* (56). Para Bécquer el desprecio del pasado español es fruto natural de la ignorancia: *cuando no se conocen ciertos períodos de la historia, razona, más que por la incompleta y descarnada relación de los enciclopedistas, o por algunos restos diseminados como huesos de un cadáver, no pudiendo apreciar ciertas figuras desasidas del verdadero fondo del cuadro en que estaban colocadas, suele juzgarse de todo lo que fué con un sentimiento de desdeñosa lástima o un espíritu de aversión intransigente, pero*

si se penetra, merced a un estudio concienzudo, en algunos de sus misterios, si se ven los resortes de aquella gran máquina que hoy juzgamos absurda al encontrarla rota; si, merced a un supremo esfuerzo de la fantasía ayudada por la erudición y el conocimiento de la época, se consigue condensar en la mente algo de aquella atmósfera de arte, de entusiasmo y de virilidad y de fe, el ánimo se siente sobrecogido ante el espectáculo de su múltiple organización, en que las partes relacionadas entre sí correspondían perfectamente al todo, y en que los usos, las leyes, las ideas y las aspiraciones se encontraban en una armonía maravillosa (75).

Este dolor de Gustavo Adolfo, porque es verdadero, toma acentos propios y ángulos de visión personales; corre por los mismos cauces que el entusiasmo inspirador de los *Templos de España*, y refresca las antiguas tesis de que los monumentos arquitectónicos son encarnación de la historia patria. Estas ideas informan algunos pasajes de esta Carta IV, en que la expresión de los afectos elegíacos reviste aquel antiguo movimiento interrogatorio que encontró forma definitiva en las coplas manriqueñas. Dice Gustavo: ¿Dónde están los cancelos y las celosías morunas? ¿Dónde los pasillos embovedados, aleros salientes de maderas labradas, los balcones con su guarda-polvo triangular, las ojivas con sus estrellas de vidrio, los muros de los jardines por donde rebosa la verdura, las encrucijadas medrosas, los caracoles de las tafurerías y los espaciosos atrios de los templos?... No busqueis ya los cosos donde justaban los galanes, las piadosas ermitas albergue de los peregrinos, o el castillo hospitalario para el que llamaba de paz a sus puertas (58).

La emocionada simpatía de Bécquer por el pasado español, encuentran en esta Carta una hermosa versión afectiva, cuando dice: sea cuestión de poesía, sea que es inherente a la naturaleza frágil del hombre simpatizar con lo que perece y volver los ojos con cierta triste complacencia hacia lo que ya no existe, ello es, que en el fondo de mi alma consagro como una especie de culto, una veneración profunda por todo lo que pertenece al pasado, y las poéticas tradiciones, las derruidas fortalezas, los antiguos usos de nuestra vieja España tienen para mi todo ese indefinible encanto, esa vaguedad misteriosa de la puesta del sol de un día espléndido, cuyas horas, llenas de

emociones, vuelven a pasar por la memoria vestidas de colores y de luz, antes de sepultarse en las tinieblas en que se han de perder para siempre (59). Esta visión poética, de abolengo romántico, se completa con el curioso intento de elevar a principio racional su afición a la España histórica: *la vida de una nación, dice, a semejanza de la del hombre, parece como que se dilata con la memoria de las cosas que fueron, y a medida que es más viva y más completa su imagen, es más real esa segunda existencia del espíritu en lo pasado, existencia preferible y más positiva tal vez que la del punto presente. Ni de lo que está siendo, ni de lo que será, puede aprovecharse la inteligencia para sus altas especulaciones: ¿qué nos resta, pues, de nuestro dominio absoluto, sino la sombra de lo que ha sido?* (60).

Su admiración por las pasadas épocas no hace, a Gustavo, desconocer el tiempo en que vive; antes bien le sirve para calibrar algunas flaquezas de la civilización española del siglo XIX. Se duele de la pérdida del arte popular y pintorescas costumbres locales que fueron signo del espíritu de España; se lamenta de la falta de preparación histórica en los artistas y en la crítica, y así dice: *hartos estamos de ver en obras dramáticas, en novelas que se llaman históricas y cuadros que llenan nuestras exposiciones, asuntos localizados en éste o el otro período de un siglo cualquiera, y que cuanto más tienen de ellos un carácter dudoso y susceptible de severa crítica, si los críticos a su vez no supieran en este punto lo mismo o menos que los autores y artistas a quienes han de juzgar* (61). Teme Gustavo que algún día los españoles serán incapaces de entender su propia historia: *Mañana, escribe, al verlo todo constituido de una manera diversa, al saber que nada de lo que existe, existía hace algunos siglos, se preguntarán los que vengan detrás de nosotros de qué modo vivían sus padres, y nadie sabrá responderles: y no conociendo ciertos pormenores de localidad, ciertas costumbres al influjo de determinadas ideas, en el espíritu de una generación, que tan perfectamente reflejaron sus adelantos y sus aspiraciones, leerán la historia sin sabérsela explicar, y verán moverse a nuestros héroes nacionales con la estupefacción con que los muchachos ven moverse una marioneta sin saber los resortes a qué abedece* (62). Y deplora Bécquer la ignorante injuria con que sus contemporáneos olvidan

la obra colosal de los antepasados (63), y la triste servidumbre científica en que vivían: *Verdad que nuestro fuerte no es la historia. Si algo hemos de saber en este punto, casi siempre se ha de tomar algún extranjero el trabajo de decirnoslo del modo que a él mejor le parece* (64).

Pero en el alma de Bécquer, llena de sincero y consciente amor a España, hay siempre una esperanzada reacción optimista, que fué negada a la pasión extranjerizante de la generación del 98. Piensa Gustavo que para alivio de tan bochornosos males muchos medios podrían proponerse más o menos eficaces, pero que al fin darían algún resultado ventajoso. *No es mi ánimo, dice, ni he pensado lo suficiente sobre la materia, el trazar un plan detallado y minucioso que, como la mayor parte de los que se trazan, no llegue a realizarse nunca. No obstante, en esta o en la otra forma, bien pensionándolos, bien adquiriendo sus estudios o coadyuvando a que se diesen a luz, el Gobierno debía fomentar la organización periódica de algunas expediciones artísticas a nuestras provincias. Estas expediciones, compuestas de grupos de un pintor, un arquitecto y un literato, seguramente recogerían preciosos materiales para obras de gran densidad. Unos y otros se ayudarían en sus observaciones mutuamente, ganarían en esa fraternidad artística, en ese comercio de ideas tan continuamente relacionados entre sí, y sus trabajos reunidos serían un verdadero arsenal de datos, ideas y descripciones útiles para todo género de estudios* (65). Este animoso plan no era fruto de la fantasía, sino de la experiencia de Gustavo Adolfo; si prescindimos de la presencia del arquitecto, las expediciones artísticas aquí propuestas no son sino el recuerdo de las que su hermano el pintor Valeriano Bécquer y el propio poeta habían hecho por no pocos rincones de España. Julia Bécquer, sobrina de Gustavo, habla en sus *Memorias* de uno de estos viajes de Valeriano y Gustavo Adolfo al pueblecillo de Villaciervos (66), y Rodríguez Correa nos relata una excursión semejante a Toledo, en que ambos hermanos fueron a dar con sus huesos en la cárcel (67); y es posible que en la erudita conversación y exaltada mímica que llamaron entonces la atención de los guardias civiles, tuvieran modelo la fraternidad ar-

tística y comercio de ideas que Gustavo recomienda en el párrafo que acabo de citar.

Pero hay un último fragmento en esta Carta IV en que la preocupación española de Bécquer se declara con todo el alcance de su ambición: *Además, apunta, de la ventaja inmediata que reportaría esta especie de inventario artístico e histórico de todos los restos de nuestra pasada grandeza, ¡qué inmensos frutos no daría más tarde esa semilla de impresiones, de enseñanza y de poesía, arrojada en el alma de la generación joven, donde iría germinando para desarrollarse tal vez en lo porvenir! Ya que el impulso de nuestra civilización, de nuestras costumbres, de nuestras artes y de nuestra literatura viene del extranjero, y por qué no se ha de procurar modificarlo poco a poco, haciéndolo más propio y más característico con esa levadura nacional?* (68).

Si comparamos las ideas y propósitos becquerianos expuestos en esta Carta, que data de junio de 1864, con sus planes de restauración hispánica de 1857, es visible la persistencia de su fervorosa devoción al pasado de España y asimismo es patente su certera y contristada visión de la decadencia patria, en sus días. Pero la fórmula literaria de su tarea reivindicatoria ha cambiado; no es un arrebatado poema, sino un copioso catálogo monumental lo que proyecta; su agotamiento físico o su más intensa formación intelectual, o quizás ambas cosas, le hacen cambiar la caldeada síntesis poética, por la frialdad de la descripción analítica.

No obstante esto, es innegable la pericia y soltura literaria que Gustavo demostró en sus apuntes de crítica y costumbres. Esta labor de seis años—1864 a 1870—repartida en cerca de 40 artículos, es fiel a las directrices enunciadas en la Carta IV. Otra vez sin ayuda ajena, puso mano al intento de acopiar *datos, ideas y descripciones* sobre costumbres, tipos y trajes españoles; y es de notar que, consecuente con su pensada fórmula de colaboración entre el pincel y la pluma, acompañó sus notas en la mayoría de las ocasiones, con los excelentes dibujos de Valeriano. Dice el propio Gustavo, en *La Ilustración*, al terminar un artículo sobre Soria: *De este modo y ha-*

ciendo extensivo este género de estudios a las diversas localidades de España, procuraremos llenar el vacío que se nota por la falta de una publicación especial destinada a recoger tan curiosos datos (69).

Esta última labor de Bécquer, se publicó en las páginas de *El Museo universal* y *La Ilustración de Madrid*. Dos grupos pueden hacerse de los artículos inspirados en esta noble intención españolista: el primero lo forman los artículos de costumbres, cuyos temas, como en las *Leyendas*, reflejan los itinerarios de Gustavo por las tierras de España. Madrid es frecuente objeto de tales diseños costumbristas: de los paseos madrileños y sus habituales clientes, trata *El Retiro*, garboso cuadro de costumbres colectivas en que Bécquer une la finura de la descripción a una leve y blanda ironía (70); en *Escenas de Madrid*, se describe *La horchatería*, con sus valencianos de cara fosca, vendedores de esteras; y sus valencianas pálidas, morenas y de grandes ojos negros, vendedoras de horchata; en el apartado II, que comenta un grabado de *La Plaza Mayor*, se recuerdan en rápida síntesis histórica, las pasadas grandezas de que fué testigo su insigne recinto (71). *El Carnaval*, es una concentrada sátira de las fiestas carnalescas de mediados del siglo pasado, rematadas con la añoranza de las antiguas Carnestolendas; así, dice Gustavo, revolcándose en el légano de la vanidad, las necesidades y el vino, agoniza, en medio de la atmósfera del siglo XIX por falta de aire que purifique sus pulmones, el Carnaval de la tradición y de la historia. Derramemos una lágrima a la cabecera de su lecho de muerte, y preparémonos a poner el inútil antifaz y el cetro de cascabeles sobre su tumba (72). Hay un cumplido elogio del pueblo de Madrid, como guardador de las tradiciones populares, en *La Cruz de Mayo* (73), y una cordial ponderación de las tradiciones mismas en *El Dos de Mayo en Madrid*. Estas costumbres tradicionales valen más que las ceremonias oficiales porque para que un acontecimiento o una figura vivan con la vida de la gloria, que prolonga su existencia a través de las generaciones, no basta un decreto de la Gaceta o el acuerdo de una Cámara, es preciso que hieran las fibras del corazón del pueblo, que se graben en la memoria de las masas y que éstas se lo

transmitan de padres a hijos, vistiéndolos, a medida que pasan los años, de esas galas de la imaginación, que constituyen su aureola, y son, por decirlo así, el origen de la leyenda (74).

Aragón dió asunto a dos de estos artículos becquerianos, notable y logrado es el que Gustavo tituló *Los dos compadres*. En él, con encantadora agilidad satírica y gustosas reminiscencia clásicas, se hace el retrato de dos grandes bebedores de vino, que en la olorosa penumbra de las frías bodegas aragonesas, liban sin aberración y con templada alegría. Es notable el paralelo que establece Gustavo Adolfo entre el beber antiguo y campesino y la embriaguez moderna y ciudadana: Entre nosotros, lamenta, generación nerviosa e irritable, cuya inquieta actividad sostiene la continua exaltación del espíritu, el vino ejerce un muy diverso influjo del que debió de ejercer entre los hombres de las edades primitivas. Embriagados casi desde el nacer, ya de un deseo, de una ambición o una idea, constantemente sacudidos por emociones poderosas, el suave impulso de un licor generoso se hace a penas perceptible en el acelerado movimiento de nuestra sangre, en el estado de fiebre que constituye nuestra agitada y febril existencia. Para obviar a este defecto, hemos recurrido al alcohol. Pero el alcohol es al vino lo que la carcajada histérica de un demente es a la risa fresca y sonora de una muchacha de quince años. El uno es el entusiasmo el otro es la locura, éste apaga la sed, aquél consume las entrañas. La última palabra del vino es el ronquido formidable del Sileno griego. El alcohol ha legado a los hombres como un don funesto el delirium tremens (75). En *Las jugadoras*, se recoge la vida dominiguera de un pueblecillo aragonés (76).

Los tipos humanos y los trajes de la gente castellana impresionaron también la retina de Bécquer, en Avila, en Soria y en Toledo. El atavío de las labradoras del valle de Amblés, se reseña en *Tipos de Avila*, añadiéndose una fina semblanza étnica al decir: El tipo de las labradoras avilesas no es seguramente un decbado de perfecciones clásicas, nada hay más distante que su expresión y sus contornos de las formas aéreas de la mujer sílfide, producto de la civilización, su nariz, ligeramente remangada, sus ojos vivos negros y pequeños, sus labios que parecen guin-

das, su tez dorada como el trigo, su talle apretado y sus caderas redondas, realizan el ideal de la muchacha bonita de aldea, limpia, hacendosa y alegre que huele a tomillo y mejorana (77).

En *Tipos de Soria*, se describe la indumentaria de los aldeanos de Fuente Toba, los leñadores de Pinares, y de un pastor de Villacievos (78); siendo de recordar que la hermosa capa blanca de estos pastores fué tan del gusto de Valeriano Bécquer, que se mandó hacer una y la vestía en sus excursiones artísticas, que por los pueblos castellanos hizo con Gustavo Adolfo. Así lo cuenta Julia Bécquer: Con ella puesta, y montado en una mula, llevándome a mí sentada delante, quiso entrar en uno de estos pueblos con mi hermano y acompañados de Gustavo que montaba otra mula, y guiados por campesinos. El asombro que produjo nuestra llegada fué grande... Mi padre y Gustavo, tan amantes siempre de lo típico y característico, reían satisfechos... (79).

En Toledo localiza Gustavo el tipo de *El Pordiosero*, pero no son las notas locales lo más destacado del artículo, sino los párrafos en que justifica su vocación estudiosa y aquellos otros en que explica la ennoblecedora misión del arte. Dice acerca del primer extremo: El estudio de las costumbres populares de un país, ofrece siempre grande interés a las personas ilustradas. Ya se las mire bajo el punto de vista del arte, buscando en ellas lo mucho que tiene de pintoresco, ya se las considere como datos preciosos para construir el pasado del cual guardan huellas tan visibles, nunca se encarecerá bastante la atención con que artistas eruditos e historiadores deben detenerse al analizar las curiosas analogías que se hallan entre los tipos, los usos, los trajes y hasta las ideas de esas masas que siguen de lejos y lentamente el movimiento de la civilización, con las de épocas apartadas cuyos detalles y rasgos característicos se suelen buscar inútilmente en crónicas y tradiciones (80). Expone sobre el segundo extremo: Tiene el arte no sabemos qué secreto encanto que todo lo que toca lo embellece. Entre cien modelos repugnantes y groseros, sabe, tomando un detalle de cada uno, formar un tipo que, sin ser falso, resulta hermoso. Mirado a través de este prisma, no hay asunto que no interese, ni figura que deje de ser simpática... El artista se detiene, berido ante el contraste que tanta miseria junto a tanto es-

plendor, repara en la armonía de las líneas y en los efectos del color, se siente impresionado como ante un cuadro que pertenece a época diferente y ve una verdadera revelación de otro siglo y de otra manera de ser social en aquella tradición viva que entra a hablar a su alma por el conducto de los ojos (81). Un dibujo de Valeriano acompaña a *El Pordiosero*, y es de anotar que en él aparece la ferrada puerta de la casa que ocupó Gustavo Adolfo y los suyos en los años en que hubo de refugiarse en Toledo, al estallar la revolución del 68 (82). Las cortas líneas que acompañan un dibujo sobre *Las segadoras*, contienen una original interpretación del veraneo, dictada a Bécquer por sus aficiones: *La circulación de las gentes trae como consecuencia natural la circulación del dinero, y, lo que es más importante, la de las ideas. Cambiar de horizonte, cambiar de método de vida y de atmósfera, es provechoso a la salud y a la inteligencia, hay algunos que no salen de la ciudad buscando en el campo la calma y el sosiego como contraste a su perpetua agitación. Adoradores de un ídolo, corren a rendirle culto cuando se trasladan sus sacerdotes. Esclavos de la moda y las exigencias sociales, cambian de decoración, pero van a los puntos en que se reúne el mundo elegante a continuar representando la misma escena. Otros, por el contrario, y éstos son los que verdaderamente justifican la conveniencia de una costumbre desde mucho tiempo adoptada en otros países y hoy ya bastante general en el nuestro, buscan en lugares apartados el reposo que ha de volverles la energía del cuerpo y del alma, enriquecen su inteligencia con el conocimiento íntimo de los hábitos y necesidades de los pueblos agrícolas, rompen la monotonía que también resulta del eterno tránsito de las ciudades, con la contemplación de escenas y paisajes enteramente nuevos y en la serenidad que las rodea, en lo extraño de los tipos, y en la sencillez de las costumbres, encuentra una emoción, aún los mismos que la buscan inútilmente dentro del círculo de su tempestuosa vida (83).*

No quedó Sevilla olvidada al describir Gustavo las costumbres españolas, y a su amada ciudad natal dedicó el artículo titulado *La Feria de Sevilla*: en él con extenso y cordial conocimiento, recorre las pintorescas horas del día de la feria, parando especial atención en las diferencias entre los modernos y artificiales festejos se-

villanos y las antiguas ferias de Mairena y Ronda. Nota Bécquer también las perturbadoras mudanzas que los tiempos han traído para la indumentaria popular (84).

Hay todavía entre los cuadros de costumbres, varios artículos becquerianos, que pueden agruparse para tratar el tema común de las festividades religiosas: tres de ellos se refieren a la celebración de la Semana Santa, en León, Palencia, Madrid y Toledo, sin que falte alguna alusión a la de Sevilla. En *La procesión del Viernes Santo, en León*, se destaca el hondo dramatismo popular del sermón de la Plaza Mayor (85); breves son las referencias dedicadas en *Semana Santa*, a la celebración palentina y fiestas madrileñas: comparando *La Cofradía de Penitentes*, de Palencia y la *Mesa de Petitorio*, en Madrid exalta Bécquer la vital fecunda variedad del culto y devociones cristianas (86). El más completo y detenido estudio está en *La Semana Santa en Toledo*, largo artículo en que la afición arqueológica de Gustavo triunfa noblemente sobre su natural apego a las cosas sevillanas, al afirmar la superioridad de las procesiones toledanas sobre las de Sevilla: estudia el ambiente en que se celebran, y falla en perjuicio de la florida y alegre primavera sevillana, para entonar la alabanza histórica y monumental de Toledo. Vuelve Gustavo Adolfo aquí a sus dilectas síntesis de historia poética y canta otra vez la Basílica de Santa Leocadia, el Cristo de la Luz, San Juan de los Reyes y la Catedral, glosando su significación con estas palabras preliminares: *sirve, en efecto, de magnífico prólogo, y prepara convenientemente el ánimo a la representación del sublime drama el espectáculo de aquel montón de ruinas y monumentos en que se ve trazado a rasgos todo el gran período histórico que abarca el desarrollo de la idea cristiana. En derredor de los muros, y al través de las calles de Toledo, el arte nos va explicando la historia escrita por él en páginas de piedra, que hablan a un tiempo a la razón y al sentimiento* (87). Tan a flor de alma tiene Bécquer su sentir español, que al ver pasar el Cristo del Descendimiento, repara en los armados esbirros que acompañan el paso, y anota; *aquellas armaduras estuvieron acaso en Granada, Italia y en Orán, bajo*

aquellos cosletes salieron corazones llenos de fe, de entusiasmo y de patriotismo. ¡Parece que los hombres que las ceñían han dejado el lecho de piedra donde duermen a la sombra de los altares, para cruzar una vez más las estrechas calles de Toledo (88). La Octava del Corpus en Sevilla, es el cuarto de estos artículos y se hace allí una efusiva semblanza de los seises de la Catedral sevillana (89).

Un segundo grupo puede hacerse con los artículos de crítica artística: en ellos se consagra capital atención a Toledo, ciudad predilecta de Gustavo Adolfo. En ella todos los monumentos tienen voz de historia y poesía. En la nota sobre *Una calle de Toledo*, que ilustró un dibujo de Valeriano Bécquer, se mantiene el indeclinable afán de leer los fastos de España en la muda grandeza de los monumentos arquitectónicos, y este artículo viene a ser como un capítulo rezagado de la *Historia de los Templos de España*, que estudia la Iglesia de San Román como signo de las tradiciones toledanas (90). Menos importancia tienen las líneas descriptivas de *Un pozo de Toledo* (91).

Dos enterramientos existentes en el convento de San Pedro Mártir, de Toledo, inspiraron sendos artículos becquerianos: un solo y hermoso monumento funerario forman los Sepulcros de los Conde de Mérito, y su descripción da lugar para que Bécquer razone la superioridad del dibujo sobre la fotografía (92). El otro monumento visitado por Gustavo está constituido por los Enterramientos de Garcilaso de la Vega y su padre. La descripción es larga y morosa y contiene una palpitante y entusiasmada semblanza de los Garcilasos que compone un admirado elogio de la concordia de armas y letras: Involuntariamente, escribe Bécquer, me acordé de la Vega granadina y del sol espléndido que iluminó el famoso combate de García Laso el de la bazaña, cuando en presencia de los Reyes Católicos hizo morder el polvo al infiel que por el polvo arrastraba el santo nombre de María. Este es, dije, aquel poeta en acción, que si no hizo versos, dió amplio asunto a la musa popular con su caballeresca empresa. ¿El qué ilustró su vida con una alta empresa, llevando por dama de su pensamiento a la Reina de los Angeles donde

podía dormir el sueño de la muerte, si no a la sombra de su altar, vestido de la armadura y vuelto aún hacia Ella en muda y eterna oración? Y aquel otro más alto y joven a cuyos pies murmura aún sus rezos una mujer hermosa, ese, proseguí pensando, ese es el que cantó el dulce lamentar de los pastores, tipo completo del siglo más brillante de nuestra historia. ¡Oh! ¡Qué hermoso sueño de oro, su vida! Personificar en sí una época de poesías y combates, nacer grande y noble por la sangre heredada, añadir a los de sus mayores los propios merecimientos, cantar el amor y la belleza en nuevo estilo y metro, y como más tarde Cervantes y Ercilla, y Lope, y Calderón, y tantos otros ser soldado y poeta, manejar la espada y la pluma, ser la acción y la idea, y morir luchando para descansar envuelto en los jirones de su bandera y ceñido del laurel de la poesía a la sombra de la religión en el ángulo de un templo! (93).

Dos largos artículos recogen las impresiones viajeras de Bécquer por Navarra; lleva el primero el título de *Roncesvalles* y a través de extensas divagaciones descriptivas, plantea una vez más la antítesis, favorita de Gustavo, entre la crítica positivista y la intuición poética, antítesis resuelta siempre en favor de lo poético (94). El elemento arqueológico está representado aquí por la Colegiata de Roncesvalles, cuyas partes se describen y cuya historia se recuerda; y la entusiasmada glosa de los motivos tradicionales, versa sobre la derrota de Carlomagno, con abundante cita del Romancero (95). En las notas sobre el *Castillo Real de Olite*, la fantasía becqueriana, creciéndose sobre las ruinas de la fortaleza, plasma una palpitante reconstrucción histórica, que tiene algunos puntos de contacto con *El rayo de luna* (96).

La misión del arte como complemento de la noticia histórica, y la concepción becqueriana de las finalidades artísticas de la *Ilustración de Madrid*, se definen en el artículo sobre *El pendón de guerra del gran Cardenal Mendoza y la espada de Boabdil* (97). Hay una inteligente defensa de la tradición histórica, en el comentario dedicado al *Solar de la casa del Cid, en Burgos* (98); se hace en *Mayólica del siglo XVI*, un ágil recorrido de las vicisitudes pasadas por la indus-

tria cerámica en España (99); y se apuntan discretas consideraciones sobre la escenografía española al comentar en *Circo de Madrid*, la decoración hecha para el primer acto de *Mignon* (100).

De carácter predominantemente teórico son las notas destacables en *El café de Fornos*, nueva exposición de la influencia de lo social en el desarrollo de los estilos arquitectónicos (101); y en *Antigüedades prehistóricas*, donde Bécquer resume algunas generalidades sobre prehistoria, para prólogo de un libro de su amigo D. Manuel de Góngora. Es notable la gozosa observación que Gustavo hace al enjuiciar la presentación editorial de la obra: *que entre otros méritos, tiene el de ser modelo acabado de tipografía y muestra de lo que respecto a libros ilustrados puede hacerse con elementos puramente nacionales* (102).

Una visita al estudio del pintor Casado del Alisal, sugirió a Gustavo Adolfo las interesantes notas que tituló *Las dos olas*, en las que campea la riqueza y finura de la fantasía poética becqueriana, y sus flexibles y maravillosas dotes para revestir de la hermosura del símbolo cualquier trivialidad. Entre las ideas críticas expuestas aquí por Bécquer, es digna de recordarse su interpretación del parecido, de innegable raíz platónica: *Habla usted del parecido, dice, yo no sé si se parece al original, pero es hermosa y basta, seguramente se parece a alguien, y no ya a ésta o aquella persona que a mí, espectador indiferente, me importe un ardite, se parece a ese ideal de belleza del cual todos tenemos el tipo y el severo conon en el alma. ¿Hay nada que sea manantial de ideas y sentimientos más inagotable que lo simplemente bello?... Es semejante a esas mujeres que no he visto, pero que he soñado, y ya me recuerdan una imagen querida* (103).

Fuera de los grupos analizados merecen recordarse dos artículos de crítica literaria debidos a la pluma de Gustavo Adolfo: uno es el apunte biográfico de *El Duque de Rivas*, extenso y cordial, en que se estudia armoniosamente el hombre y la obra. Es notable el paisaje en que Bécquer señala la transcendencia literaria de la guerra de la Independencia: *la época no era de poesía escrita, de esa poesía*

que nace en el silencio del gabinete al calor de la inteligencia como una hermosa y delicada flor del ingenio, era época de grandes pasiones que exaltaban su espíritu, época de trastornos, peligros y combates, época de poesía en acción, época, en fin, la más adecuada para desarrollar, en la mente de los hombres destinados a romper más tarde las enojosas trabas de la poesía de academia, los gérmenes de la grande, de la verdadera y de la tradicional poesía española (104), y es también digno de cita aquel párrafo en que Gustavo caracteriza la tradición literaria de España como hija del fecundo maridaje de las armas y las letras; el Duque de Rivas... mantuvo en la historia de nuestra literatura la gloriosa tradición de aquellos peregrinos ingenios españoles, verdadera encarnación de nuestro espíritu nacional, que así manejaban la pluma como la espada (105). El gozoso anhelo de la armoniosa unión de armas y letras, vivía arraigado hondamente en el alma de Bécquer como él mismo confiesa al recordar sus sueños de adolescente en la Carta III desde mi celda.

Sobre la *Biblioteca de autores españoles*, y en particular sobre el primer tomo de *Poetas líricos del siglo XVIII*, escribió Gustavo Adolfo un corto y ponderado estudio en la *Ilustración de Madrid* (106); vuelve en él, a exponer su duro juicio sobre el siglo XVIII, al decir que la colección de estas poesías, en las cuales se refleja el estado político y social de España en el más triste período de su decadencia, y la lucha del genio nacional vencida al cabo por los elementos extranjeros que todo lo desnaturalizaban, resultaría, sin embargo, un logogrifo indescifrable... si un concienzudo escritor no nos condujese como de la mano (107). Un fino análisis del libro razona las justas alabanzas debidas al Marqués de Valmar, de cuya casa, en Deva, fué Gustavo Adolfo huésped una temporada (108).

Recordemos, por último, que durante varios meses del año 1866, redactó Bécquer la *Revista de la semana* en *El Museo universal*. Al enfrentarse con los temas contemporáneos no se embotó la pluma de Gustavo, y son dignas de leerse estas revistas, por la agudeza y agilidad con que se tratan los temas europeos, ya caigan en el campo de lo político, ya traten de aspectos sociales o económicos.

También en estos artículos semanales aflora el impréscriptible españolismo becqueriano: sean muestra de ello las animosas palabras con que da cuenta de la guerra entre España, y chilenos y peruanos: *las noticias recibidas del Pacífico por la Mala inglesa, no son en efecto, las más satisfactorias para los que se nos hacen siglos los días que pasan, sin haberse lavado de una manera honrosa y digna la afrenta inferida a nuestro pabellón por los chilenos... es tan grande la confianza que tenemos en los valientes marinos encargados de mantener en las aguas del Pacífico el pabellón nacional a la altura que le corresponde, que hacemos los más fervientes votos porque este encuentro [entre españoles, y chilenos y peruanos], se realice en la seguridad de que su resultado dará ocasión a una nueva y gloriosa página en los anales de la marina española, tan fecundos ya en hechos brillantes y heroicos* (109). La gallarda victoria de Méndez Núñez, dió al poco tiempo la razón a Bécquer.

Es también significativo, por el digno patriotismo que entraña, el pasaje en que Gustavo da cuenta de un accidente ocurrido en el Circo: *dos jóvenes gimnastas, escribe, que causaban las delicias de muchos que se estremecen al presenciar el bárbaro espectáculo de las corridas de toros, se han caído desde lo más alto del techo del circo, probando a los sistemáticos detractores de nuestra fiesta nacional que en los demás países, donde tan en boga se encuentran esos peligrosos ejercicios, no están más adelantados que nosotros en punto a diversiones públicas* (110).

Si quisiéramos agotar nuestra investigación acerca de los temas españoles en la obra de Bécquer, podríamos señalar todavía que entre los apuntes y notas dejados, a su muerte, por Gustavo, encontró Rodríguez Correa los títulos siguientes de obras proyectadas: *El Cristo de la Vega, La locura del genio*, sobre el Greco; *El hombre de palo*, sobre Juanelo, que habían de ser leyendas. *Un mundo*, que hubiese rotulado un gran poema sobre el descubrimiento de América. Y *La Diana india*, motivo americano; *Herrera. El último valiente, El último cantador*, y *La conquista de Sevilla*, que habían de escribirse en prosa (111). La falta de detalles sobre estos proyectos no impide afirmar como conclusión irrefutable, la noble y tenaz persisten-

cia del tema de España en la obra becqueriana. Es cierto que las modalidades que adopta son varias y aún diversas, pero en ninguna puede encontrarse el menor resquicio de contradicción. Resumiendo los datos citados puede verse en la obra prosaria de Bécquer, una gallarda versión del tema de España apoyada en los siguientes fundamentos:

- a) Visión lúcida y entusiasta del pasado español.
- b) Constante y emocionada preocupación por los problemas de la España del siglo XIX.
- c) Expresión literaria, a veces épica, de las tierras y del alma de España.

Esta persistencia de la preocupación española es lo que da unidad a la prosa de Bécquer; unidad no señalada nunca, pero más natural y firme que la que presentan las *Rimas*, debida, antes que a Gustavo, a la abnegada labor editora de Nombela, Rodríguez Correa y Ferrán (112). No se opone a lo que dejo dicho, la existencia de un corto número de obras becquerianas no aludidas en esta disertación, ya que varias tienen fácil asimilación a los grupos señalados, como *Tres fechas* y *La Venta de los gatos*, y otras que son ensayos sueltos, sin continuidad temática ni arraigado entrañamiento en el alma de Gustavo Adolfo.

Por el contrario, el constante fluir de los temas españoles en la prosa de Bécquer, es siempre reflejo hermoso de lo que sus ojos vieron y caminaron sus pasos, sedientos de España; es resonancia fiel de un alma gigante, encerrada en cuerpo enfermizo, que se asomó un día a los siglos XVI y XVII, y no pudo después olvidar los horizontes llenos de sol de la grandeza española. La vocación de Gustavo Adolfo Bécquer, como cantor de España, es hija de un hidalgo corazón español que vivió desterrado en los amargos días del siglo XIX, y hubiera palpitado con irrefrenable alegría, si Dios le hubiese dado a vivir los militantes y esforzados tiempos actuales, en que todos somos llamados a restaurar la fecunda y amada grandeza de España.